

El victimismo es peligroso

Mucho hablamos sobre la corrupción, los políticos ineptos y oportunistas, el sistema injusto, los banqueros delincuentes y nosotros - nosotros las víctimas.

Hay muchas víctimas inocentes en esta crisis. Basta con ver la desesperación en la cara de las personas mayores que montaron guardia día y noche ante los institutos financieros; o con oír los gritos de los desahuciados cuando son sacados de sus casas que el banco ganador venderá más tarde al mejor postor. Presenciar tanta desesperación y creciente miseria, sentir el miedo que mañana nos toca a nosotros, nos deja caer a muchos el alma a los pies. Además, sabemos perfectamente que al final los ricos van a ser más ricos y los pobres más pobres. Ya se está viendo ahora.

De todo eso hablamos mucho, sin embargo, hablamos poco de autocrítica.

¿Realmente los políticos son una especie aparte y totalmente diferente a nosotros?
¿Qué ha cambiado tanto en este sistema socio-económico que en años de bonanzas nos parecía fantástico y ahora malvado? ¿Será que antes nos creíamos a salvo y las víctimas eran otros y estas otras no nos importaban?

No sé qué camino nos puede llevar fuera del drama que estamos viviendo.

Seguramente tenemos que analizar el sistema, desarrollar vías alternativas, señalar culpables y pedir responsabilidades. Pero todo eso solo puede llevar resultados auténticos si somos conscientes de nuestra propia implicación.

Me acuerdo (no recuerdo el año exacto, era bajo el mandato de Aznar) que Europa aviso a España que sus hogares eran los más endeudados en toda Europa. El gobierno no tomó cartas en el asunto y los ciudadanos felizmente seguíamos viviendo por encima de nuestras posibilidades. Nadie preguntó por los perdedores de tanto consumismo.

No solo el gran capital y la elite política se enriquecieron de forma indebida y a costa de los demás. Conozco a pequeños empresarios que dejan trabajar a sus empleados 14 o 16 (!) horas al día cotizando en la Seguridad Social solo 8 horas (que ya es un logro porque antes cotizaron por 4 con las mismas horas trabajadas) ¿En cuántos hogares españoles, todos de gente por bien, trabajan empleadas domésticas de forma ilegal? ¿Cuántos empresarios grandes y pequeños echan a sus empleadas periódicamente a la calle para no tener que hacer un contrato fijo? No se trata solo de grandes nombres de prestigio, sino también de la frutería o de la peluquería en nuestro barrio. ¿Cuántas veces hemos comprado algo y nos han preguntado si lo queríamos

sin o con IVA, con factura o sin ella, como si se tratara de la leche en el café? Sí, el sistema está corrompido, pero nosotros formamos parte de este sistema y la pregunta incómoda es ¿si no estábamos conformes porque todos nos hemos beneficiados?

Ya sé: ahora vamos todos salir a la palestra - yo primera - y gritar: ¡yo no, yo soy inocente, yo soy víctima, no soy verdugo! No entenderme mal, no se trata de una retribución de las culpas sino de una toma de responsabilidades. Sí, todos somos víctimas pero, por lo menos en parte, víctimas de nuestra propia codicia, ambición e indiferencia.

Repito, no sé qué camino nos puede llevar a solucionar los problemas que nos están ahogando. Pero me parece que nos estamos acomodando demasiado en nuestra condición de víctimas. Eso nos trae ciertas ventajas: podemos tener la conciencia tranquila porque el atropello fue cometido por otros (por ejemplo por malos políticos). Pero esta actitud es muy peligrosa. Alimenta el concepto que tendrá que venir algo o alguien que nos saque de nuestros apuros. Estamos creando un vacío vertiginoso que luego se puede llenar con recetas baratas e ideas radicales. Es el cultivo perfecto para todo tipo de extremismos y odios.

Hay muchas cosas que tienen que cambiar para que podamos llegar a desarrollar una economía sostenible que garantice más justicia social. Pero la primera pregunta que tenemos que hacernos es si ¿realmente queremos cambiar o solo queremos, cada uno por su cuenta, recuperar lo que hemos perdido?

kmz/17.12.2013/H21 publ.